Cuidados territoriales de la montaña al lago: Narrativas de experiencias colectivas que cuidan la vida en la cuenca-cazuela de México

Territorial Care from Mountain to Lake: Narratives of Collective and Community Experiences that Nurture Life in the Watershed of Mexico

Nirieth Jhoely Castelblanco Torres*
Paris Olalde Estrada**
Norma Georgina Gutiérrez Serrano***

https://doi.org/10.31644/HT.06.11.2026.A58

Recibido: 08/05/2026 • Aceptado: 15/06/2026
Publicado: 24/06/2026

Resumen

Nuestro trabajo nació como un tejido de narrativas sobre las experiencias de las personas que cuidan de dos territorios ubicados en la Ciudad de México, el Cerro Tepepolco (altamente intervenido ubicado en alcaldía Iztapalapa) y las chinampas de Xochimilco (sistema agrícola prehispánico). En el Tepepolco trabaja la Red Socioambiental Paraíso y Paz, que de manera autogestiva y comunitaria reforesta y restaura el cerro con especies nativas, la siembra de agaves y la recuperación del suelo; realizan jornadas para vincular a las personas de las colonias cercanas para re-tejernos con el territorio. Por otro lado, Xochimilco es uno de los últimos espacios de los antiguos cinco grandes lagos de la Cuenca-cazuela de México, donde las chinampas son un sistema agrícola armonioso con el territorio que se encuentra en peligro. A través de constantes diálogos, este camino nos ha permitido complejizar nuestro conocimiento y significado sobre la alimentación y el cuidado al ir más allá de una concepción antropocéntrica y ligarla a la memoria colectiva, la identidad, la tradición, lo comunitario y la diversidad biológica de los territorios. Llegamos así a proponer la idea de cuidados territoriales que alimentan no sólo como una acción metabólica, sino también como un acto simbólico y ontológico, ya que, al cultivar, reforestar y restaurar los suelos, les nutrimos y también aportamos a la alimentación de los diferentes seres vivos que los habitan,

* Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: niri.ctorres@gmail.com ORCID: https://orcid.org/0009-0003-6994-7120
** Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: parisolalde@gmail.com ORCID: https://orcid.org/0000-0003-1610-5272
*** Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias – UNAM. Correo electrónico: georgtz@crim.unam.mx ORCID: https://orcid.org/0000-0001-6938-3554

humanos y no humanos, así como al cuidado del aire y del agua como elementos vitales, igualmente a la comunidad y al tejido social.

Palabras clave: Cuidados territoriales, Tepepolco, Chinampas, Xochimilco, narrativas

Abstract

Our work began as a tapestry of stories about the experiences of people who care for two areas in Mexico City: Cerro Tepepolco (a highly intervened site in the Iztapalapa district) and the chinampas of Xochimilco (a pre-Hispanic agricultural system). In Tepepolco, the Paraíso y Paz Socio-Environmental Network works in a self-managed, community-based manner to reforest and restore the hill with native species, plant agaves, and rehabilitate the soil; they organize events to bring together people from nearby neighborhoods to reweave relationships with the territory. On the other hand, Xochimilco is one of the last remaining areas of the ancient five great lakes of Mexico's basin-cauldron, where the chinampas—an agricultural system in harmony with the land—are now in danger. Through constant dialogue, this path has allowed us to deepen our understanding of nourishment and care, moving beyond an anthropocentric conception and linking them to collective memory, identity, tradition, community, and the biological diversity of the territories. We thus propose the idea of territorial care as nourishment, understood not only as a metabolic process but also as a symbolic and ontological act; for by cultivating, reforesting, and restoring the soil, we nourish it and also contribute to the sustenance of the various living beings that inhabit it—both human and non-human—as well as to the care of air and water as vital elements, and likewise to the community and the social fabric.

Keywords: Territorial Care, Tepepolco, Chinampas, Xochimilco, Narratives

La cuenca-cazuela de México

> "Hay [,] sin ninguna duda [,] gran cantidad de modos de ser del habitar, que multiplican los mundos. (…) Estoy convencida junto con Haraway y muchos otros, que multiplicar los mundos puede volver más habitable el nuestro. Crear mundos más habitables sería entonces buscar cómo honrar las maneras de habitar, inventariar lo que los territorios implican y crean como maneras de ser, como maneras de hacer. Esto es lo que pido a los investigadores." (p. 35)
>
> Despret, (2022)

Una cuenca almacena agua, se vierte líquido en ella, huele a memoria, sabe salada y dulce, se siente su superficie rugosa y húmeda. En la Cuenca de la Ciudad de México (CDMX), rodeada de montañas, se ha vertido y almacenado agua y ha brotado la vida, también se han vertido recuerdos de habitantes humanos que llegaron hace 15,000 años (Carrillo-Trueba, 1995). La Anáhuac, lugar entre las aguas, así nombraron los ancestros a esta cuenca, nuestro territorio, esa cuenca que hoy luce seca, no como antes, cuando había lagos. Es como una cazuela, una cuenca-cazuela, siempre la presentan así, es como si las montañas fueran paredes, no sale el agua, ni el aire, por eso no hay huracanes, pero el suelo es una esponja, la arcilla del fondo de los lagos de antes; cuando hay un temblor allá en Oaxaca, las ondas viajan kilómetros y kilómetros derribando edificios aquí, en la Ciudad de México, nuestro suelo se mueve como gelatina. Por esa gelatina nuestros edificios, calles y casas se están hundiendo. Si, es por la arcilla, pero también porque nos hemos dedicado a secar esos grandes lagos, los de la superficie y los del subsuelo. Cuando llegaron los conquistadores en el año 1521, impusieron sus modos de siembra, sus modos de hacer ciudad; no sabían convivir con el agua, se dedicaron a sacarla. Ahora tenemos una gran olla vacía de más de 7,800 Km2 (López, 1989), que se quema por dentro, pero que también sigue cocinando algo sabroso, en el fondo se escucha fiesta y alegría, juego y recuerdos, todavía se cultiva como antes, todavía se adora a los cerros, todavía persiste la memoria en el agua, tal vez con ello se puedan rellenar los espacios en el subsuelo y retomar nuestra vida lacustre, pues el agua es vida, es memoria.

Decidimos entonces reconstruir parte de esa memoria a partir de un proyecto de investigación narrativa, para re-narrar los/nuestros territorios, Xochimilco y el Tepepolco. El primero es un humedal en la cuenca-cazuela de México donde existen las chinampas, prácticas ancestrales de agricultura que se han tejido armoniosamente con los lagos; son islotes artificiales con más de dos mil años de vida y que se siguen utilizando hoy en día para la alimentación de la Ciudad de México, sin embargo, ahora predomina una narrativa turística de este territorio, donde las personas van a embriagarse y bailar en trajineras (embarcaciones turísticas propias de Xochimilco). El segundo, el Tepepolco, es un volcán inactivo, un cerro en medio de la ciudad, en una de las zonas más marginadas, se han construido miles de historias de este lugar, como un espacio ritual, un lugar de protección, y en la actualidad como un lugar de riesgo, de mala muerte, como una de las colonias más peligrosas de toda la ciudad.

Ahí, en estos dos espacios, invitamos a personas de estos territorios para re-narrarlos, reconstruir una memoria de la cuenca-cazuela para echarle buen sazón a lo que se está cocinando aquí, recuperar nuestros territorios es re-narrarlos, es volverlos a la memoria, desde cómo los vivimos, los gozamos, los bailamos, los contamos, es re-territorializarlos.

Entre cerros y veredas. Entretejidos que nos alimentan

Mi nombre es Paris, crecí en Iztapalapa, en el Cerro de la Estrella, muy cerca del Tepepolco. Cuando camino por el Cerro de la Estrella, montaña en el centro de la Cuenca-cazuela, sigo las veredas que han trazado otras personas, muchas veces con sus perros. Al andar, algunas plantas se cruzan en el camino, diciéndome que las voltee a ver, otros animales atraviesan el sendero gritándome que no los vaya a pisar, mis perritas (siempre explorando) siguen el

camino a su modo, a veces se meten y a veces se salen, pero van en la misma dirección que yo, siguiendo la vereda.

Llegué a Xochimilco por mis estudios de doctorado, siguiendo los pasos de Norma, mi tutora, siguiendo mis emociones y memoria lacustre, seguí mi intuición, otro tipo de senderos, otras historias. En todos lados hay senderos, como en todos los cerros y montañas que conozco, como en los canales de Xochimilco, reminiscencia de los lagos de la cuenca-cazuela, esos caminos están entretejidos, uno puede escoger por donde ir, donde entrar o salir, volver a entrar, seguir los pasos de alguien más, sea un perro, un ave, una planta o humano, o trazar un nuevo camino. Pero cuando uno sigue el camino descubre historias, se teje con ellas. Resulta que hay muchas historias que seguimos, no sólo los caminos, también cuando cocinamos; yo sigo las recetas de mi madre, las cuido, o cuando voy al tianguis (mercado) y compró como ella me enseñó a comprar, cuando voy a las chinampas de Xochimilco y cultivo como los chinamperos me han enseñado a cuidar la tierra.

Así nuestras historias de cómo cocinamos, cómo nos alimentamos, las recetas de la abuela; son senderos que seguimos caminando, a nuestro modo, que construyen un territorio, que lo defienden y que lo saborean. Al recuperar las historias de cómo se alimenta el Tepepolco y Xochimilco, de las personas que viven ahí y los defienden, es caminar sus senderos, es defender el territorio con ellas y ellos, así co-construir un proyecto de re-narrar nuestros territorios ha sido volver a caminarlos, volver a encontrarlos y hacer frente a otras narrativas que se han construido sobre ellos, narrativas de lugares peligrosos o de lugares que solo sirven como espacios turísticos, pero son territorios vivos, que construyen nuestros cuerpos, que nos alimentan, nos cultivan y nos cuidan.

Por ello recuperamos historias, las narrativas nos enseñan los senderos que se han seguido y que podemos continuar, aunque a veces nos salgamos de ellos, esos senderos que se han tejido con cuidado en las montañas y los canales, en la comida y en el cultivo. Conocer los senderos nos entreteje con ellos, aprendemos de cuidados que se practican al cultivar, al cocinar, al reforestar. De esos senderos aprendimos que la alimentación es más que humana, está en todo, todos nos alimentamos, las plantas y animales, el río y los canales, las montañas y los cerros, se alimentan de lluvia y sol, de plantas y otros animales, de polen y semillas, nos alimentamos de senderos que nos entrecruzan, esas narraciones que somos y que compartimos con otros.

Conocer las narrativas de quienes los habitan nos acerca, nos permite descubrir los tejidos que somos con ellos, de esos territorios que compartimos, pues cuando narran sus historias me identifico con ellas, en esos cerros que he caminado y esos canales donde he remado, de esa vida lacustre y cerril que identifica a nuestros/as antepasados/as.

Sin embargo, también existen esas otras historias de amenaza, esas historias que matan, las historias de una ciudad que ha consumido cerros y lagos, que ha entubado ríos y canales, que ha cortado cerros y saqueado conocimientos. Frente a esas historias nos tejemos en redes de cuidado, en urdimbres de sazones, de cazuelas y fogones, de quelites, maíz y pescado; hacemos michimole de David, tamales en salsa verde de Macrina, o “la charola” de Calixto. Nos alimentamos y alimentamos al territorio, al cerro y los canales.

Somos una urdimbre de tragones, de sazones y sones, bailamos al ritmo del fogón, danzamos en la tierra al cultivarla y al ritmo de los senderos que nos llevan, comemos, y

narramos las historias que somos, que nos alimentan el alma; esa alma que compartimos con animales, plantas, cerros y lagos. Somos lacustres y cerriles, somos de los cerros y lagos, comemos pescado y llanto, alegría y dolor, luchamos para defender nuestros territorios que han sufrido esas otras historias. Luchamos con la pansa llena y el corazón contento, cuidamos nuestras historias, nuestros senderos que día a día nos entretejen.

Llegamos a los cerros andando y a las chinampas remando, cuidamos con nuestros pasos y ellos nos cuidan a nosotros porque son pasos de otros que nos acompañan, canales que otras/os hicieron, chinampas de los abuelos, fogones de la abuela. El lago de Xochimilco y el cerro del Tepepolco se cocinan en la cuenca-cazuela, son parte de la geografía de la ciudad de México, una de las urbes más grandes de México y el mundo, que, en el pasado, aún colonial, fue considerada la región más transparente. Una planicie, llena de lagos, canales y apantles, rodeada por grandes elevaciones montañosas, incluidos volcanes activos. Estos dos espacios geográficos, igual que muchos otros dentro de la región, son expresión y resguardo de culturas mesoamericanas.

Hacer fiesta es hacer territorialidad, gracias ahuejote

La vida negada no es igual a la olvidada, no es la vida lacustre la que se niega, al menos así sabríamos que existe, por eso la negaríamos; el olvido es más fuerte, no lo recordamos, no sabemos que está en nuestra sangre, en nuestras manos o pies, nuestros dedos ya no recuerdan el sentir del remo o el azadón, la cuña o el cuero.

Ir a Xochimilco es recordar nuestro ser lacustre, ir a nuestro tuétano, sentir la niebla de la mañana al remar el chalupón[1], esa canoa vieja de la abuela. El agua muestra su fuerza al moverte, pero tú quieres ir a donde ella no va, allá a la chinampa del abuelo, allá a donde te dice la ciudad que no vayas. El agua quisiera ir a esa memoria, pero hoy la corriente va hacia el desagüe, las aguas turbias de la civilización que se han convertido a sus canales en aguas negras, es agua tratada, no viene de las sierras como antes. En antaño, los agricultores se iban por canal nacional y llegaban a un mercado, el de Jamaica. Ahora esa agua está entubada y, llena de basura, así llega al mar.

Ayer fuimos a la chinampa del abuelo, fuimos a preparar la tierra, esa tierra que recorrió el espacio entre nuestros dedos, tierra sabrosa que se hizo con el lodo del canal hace más de mil años para construir las chinampas con hierbas y ramas, con raíces de Ahuejote. Sentimos la madera del azadón en las manos, palo con una lámina de metal afilada en el otro extremo, aflojamos la tierra, cortamos raíces, barbechamos, hicimos surcos para la siembra del maíz.

Al despedirnos le agradecimos al Ahuejote, guardián del agua, guardián de las chinampas, gracias por crecer alto y delgado, con tus raíces amarras por debajo la tierra de la chinampa del abuelo, no la dejas irse, tu poca sombra nos permite sembrar, cuidas los cultivos del viento y la tempestad. Gracias Ahuejote, guardián, cuidador, velador de la tierra y el agua, del canal y la chinampa.

[1] Es una embarcación tradicional pequeña de fondo plano que utilizan los pobladores de Xochimilco para trasladarse por los canales.

Hoy es día de fiesta, día de La Bandera, vamos con la peregrinación desde la iglesia de Xaltocan, recorremos la iglesia de cada barrio, son 17 barrios en Xochimilco. Así recordamos lo que antes era el islote, le decimos al pavimento que aún tenemos memoria, que nuestros pies recuerdan que ahí había agua, que nuestra música la llama. Hoy marcamos el inicio del ciclo de siembra, el 2 de febrero bendeciremos las semillas.

Caminamos después de la misa de las 8:00 a.m. reparten cañas y banderitas de papel picado, vamos para el barrio de Belem, les llevamos la virgen de Xaltocan, la cargaremos por los 17 barrios para presentarnos con cada mayordomía, así tejemos lazos, nos cuidamos recordando quiénes somos, quién está en la fiesta, quiénes son los del barrio.

Falta pasar por San Cristobal, Caltongo, Santa Crucita y San Esteban, ya queremos llegar a La Santísima, ahí nos espera David, con su familia y una caguama[2]. El taco no puede faltar, la risa y la alegría de ver a nuestro amigo. Debemos seguir, falta San Lorenzo, San Diego, La Guadalupita, La Asunción, La Concepción, San Juan, San Antonio y llegamos a San Marcos, ahí nos espera Jesús y Sandra, otros amigos, las tortas, ya vamos bien llenos. En el camino nos encontramos a Citla, a Leo y Clau, ahí andaban en su barrio, pasamos a saludar, amigas y amigos de Xochi[3], el abrazo, la broma y el taco, vamos con la peregrinación, hoy es día de fiesta, llamamos a la abundancia para la siembra.

Ya sólo falta San Pedro y de nuevo a Xaltocan. Son las 7:00 p.m. cerramos con otra misa, ya vamos con el itacate[4], llenos de pulque y comida, bien bailados con los Chinelos y los Santiaguitos, la banda nunca dejó de tocar, tamborazos y repiques, trompetas y discos, todo el camino de aquí hasta la casa, que mi abuelo sepa que lo recuerdo y sigo sembrando.

Celebrar, hacer fiesta, la banda sonando, los chinelos bailando[5], los Santiaguitos luchando[6], recordando lo que fue el islote, lo que fue el territorio, que lo sigue siendo, pero ya no es fácil verlo, ha cambiado, cuidarlo es recordarlo, festejar en cada paso alimenta la memoria y en cada iglesia la comida no faltó para continuar, para agradecer, para marcar el inicio de un nuevo ciclo que esté lleno de abundancia.

El recorrido ya lo hicimos entre calles, ya no está el islote, el agua ya no llega hasta los barrios, pero todavía está ahí. Xochimilco sigue siendo uno de los cinco grandes lagos, sus reminiscencias perduran gracias a esa agua tratada que se vierte todos los días ahí. Siguen las chinampas, más de 15.000, pero solo 864 están activas, la mayoría con invernaderos para cultivar flores u hortalizas que necesitan agroquímicos, otras pocas con cultivos tradicionales de maíz, frijol y calabaza. A ellas no se puede llegar caminando, sólo en embarcaciones como cayucos[7], chalupones, canoas o trajineras[8], ahí todavía llega el agua.

[2] Caguama es una cerveza embotellada de 1 litro o 1.2 litros.
[3] Así se le dice a Xochimilco, como diminutivo, pero con amor.
[4] El itacate es una porción de comida que se lleva al trabajo, al estudio, a la fiesta.
[5] Son personas que se visten como nobles españoles, como una mofa a ellos, y bailan al ritmo de la comparsa.
[6] Son personas, normalmente hombres, que hacen una danza con machetes, simulando una batalla.
[7] Son embarcaciones pequeñas, más pequeñas que una canoa. Este término es muy tradicional en México
[8] Son embarcaciones un poco más grandes que un chalupón, pero en la que regularmente se venden flores, alimentos o se trasladan cerca de 10 personas. Las trajineras se conocen comúnmente en los canales turísticos de Xochimilco como medio de transporte y recreación social.

Ya se viene la siembra, unos días después vendrá la bendición de semillas, en la iglesia, la chinampa o el Teuhtli[9]. Todo forma parte de ciclos de alimentación, ciclos de cuidado. Entre ciclos recordamos, alimentamos el cuerpo, la memoria y el territorio, hacemos territorialidad al imaginar, al caminar y al danzar.

Hacemos memoria, en la fiesta y en la comida, en la receta y al danzar. Caminamos entre barrios y capillas, para recordar que el agua viene de los cerros, que viene arrastrando sales y minerales, en arroyuelos baja a las chinampas y nosotras hicimos eso, ir de la montaña al lago y de regreso. ¡Vamos a la montaña pues!

Encuentro con el majestuoso Tepepolco

Curiosidad, anhelo, duda, alegría; esas fueron las primeras emociones que sentí al trasladarme, durante más de dos horas, al majestuoso Tepepolco. Aún recuerdo el encuentro con Ángel, uno de los integrantes de la Red Socioambiental Paraíso y Paz[10], fue delegado por la red para establecer comunicación conmigo y finalmente me guio por la colonia El Paraíso, en Iztapalapa, al oriente de aquella gran Cuenca-cazuela rodeada de cerros y lagos. Ese día organizaban un Festival para los niños de la colonia.

Al subir el cerro, a través de la colonia, Ángel me contó que ese lugar se formó, principalmente, como resultado de migraciones provenientes del sur del país a mediados del siglo XX, personas que ocuparon el cerro sin planeaciones urbanísticas a través de asentamientos irregulares. Eso no le quitaba valor a la magia de caminar por sus calles bulliciosas, llenas del comercio proveniente del tianguis de domingo, con los colores vivos de frutas y verduras, con deliciosos olores que iba percibiendo, provenientes de los tacos de carnitas, de guisado, de las ricas gorditas[11], con huevos que curiosamente se vendían por kilo[12], con quesos y especias que ambientaban el recorrido… todo nuevo para mí, Nirieth, una colombiana que tan sólo 3 meses atrás había llegado a Ciudad de México y que sentía todo esto como una ventana al asombro.

Llegamos al cerro, al Parque El Mirador. La brisa cálida, el viento tenue, la vegetación que oscilaba entre los verdes pálidos y amarillos, un suelo árido, seco y rocoso por la presencia de tezontle; una roca volcánica roja que me mostraba el pasado de este cerro un volcán inactivo y su riqueza geológica por la que fue altamente explotado para la construcción de viviendas, vías y grandes edificios en la ciudad. Algunos habitantes del Tepepolco cuentan que con este suelo fue construida gran parte de la maravillosa Nezahualcóyotl, una enorme ciudad del Estado de México, que se observa desde lo alto de

[9] Volcán que se encuentra en Xochimilco y al que se va a presentar las semillas para iniciar la siembra

[10] La Red Socioambiental Paraíso y Paz, es una "organización comunitaria de eco-guardianas y eco-guardianes (voluntarios), autogestiva, apartidista y sin fines de lucro dedicada al cuidado, conservación y restauración del Tepepolco (Cerro del Peñón Viejo o del Marqués) en Iztapalapa, Ciudad de México" (Red Socioambiental Paraíso y Paz, s.f.) —como se definen en su página de Facebook—.

[11] Las gorditas son elaboradas con harina de tortilla, pero con una consistencia más gruesa, se frita y se rellena con diferentes elementos como frijol, queso, carnes, salsas, etc.

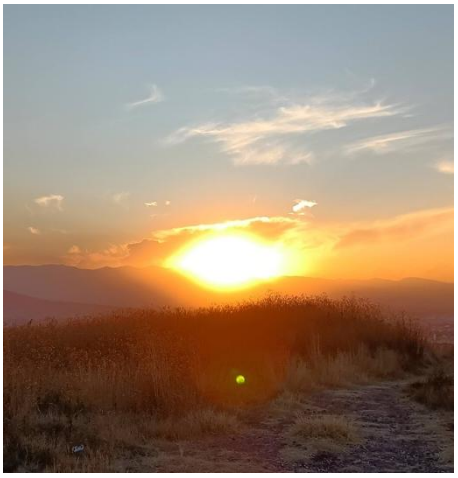
[12] Me causa curiosidad pues en Colombia los huevos son vendidos por unidad o por cartón. Se compra 1 huevo, 10 Huevos o una cubeta (cartón en México) de huevos, nunca se vende o compra por kilo.

este volcán inactivo. Desde allí, — cuando la contaminación lo permite— también se logra observar, como un infinito horizonte los remanentes del antiguo Lago de Texcoco[13].

Para intentar volver al momento, le respondí a mi mente caprichosa una pregunta que me ayuda siempre a regresar de mis pensamientos: ¿qué día es hoy? Era un 28 de abril de 2024. Noté que mis manos sudaban confundidas entre el calor y la emoción, la gran vista al horizonte me maravilló, no lo puedo negar, me llenó de asombro, era la primera vez que veía la imponente ciudad; nuevamente pensé en esas grandes vías principales a lo lejos, traje la mirada más cerca y pude ver que tan sólo a la falda del cerro se encontraba el antiguo Balneario Elba —aún vigente—, con grandes toboganes. Al ver un poco más al sureste observé a lo lejos otros cerros imponentes: los volcanes Tetlalmanche, el Xaltepec, el Tecuauhtzin, La Caldera, y un poco más distante, pero no tanto como para perderlo de vista, el Cerro de la Estrella, majestuosos cerros que hacen parte de la Sierra de Santa Catarina —una antigua cadena montañosa de la CDMX—.

Imagen 1

Atardecer visto desde lo alto del Tepepolco.



Nota: Retomada de Red Socioambiental Paraíso y Paz, (s.f.), *Publicación* [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado el 16 de febrero del 2026, de https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1237784135155830&set=pb.100067727659233.-2207520000&type=3&locale=es_LA

Con esta fotografía que les comparto, quiero adentrarlos a los majestuosos e imponentes atardeceres de invierno que se pueden observar desde lo alto del Tepepolco. Allí, con la ciudad a la vista, la cadena montañosa de fondo, el camino empedrado de tezontle y marcado por el paso de sus habitantes entre los abundantes pastizales, se avivan olores a tierra seca y hierba fresca transportados por el fuerte viento, mismo que, en ocasiones, parece

[13] El lago de Texcoco es uno de los cinco antiguos lagos del Valle de México. En el siglo XVII fue considerado uno de los cuerpos de agua más importantes para la gran Tenochtitlan.

llevarme consigo en pequeños fragmentos que viajan a nuevos lugares. Estos atardeceres son el reflejo de la esperanza impregnada en las luchas socioambientales que allí emergen, no sólo a través de la historia marcada en el suelo por años, sino aquella que llega con los rayos cálidos y radiantes de aquel sol del ocaso.

Ese 28 de abril del 2024 fui testigo de una comunidad que goza de alegría aún en el olvido; en donde este grupo de personas que conforman la Red Socioambiental Paraíso y Paz organizaron —con sus propios recursos— aquel gran festival para los niños. Algunas de las actividades las dirigieron ellos, otras las hicieron 2 o 3 invitados que les enseñaban a los niños, a sus padres, madres, abuelas y a mí, el cuidado de la fauna silvestre del Tepepolco. Allí escuché y vi por primera vez un Cacomixtle. También había un taller de dibujo libre y una charla en donde nos enseñaron los principios básicos del juego del Ulama, en donde se emplea una pelota de hule artesanal (juego propio de los pueblos mesoamericanos que habitaban Cuenca-cazuela de México). ¡Qué gran juego! Totalmente nuevo para mí.

A un costado del taller de dibujo libre, estaban los alimentos y bebidas. Calixto, un médico familiar que junto a Ángel era integrante de la Red, nos llamó a mí y a quién me acompañaba ese día, a que degustáramos una deliciosa torta de pollo con mole, acompañada con un agua fresca de limón y pepino. ¡Qué delicia! mis papilas degustaban con asombro aquella torta con sabores totalmente nuevos para mí… Pude notar que los alimentos eran parte fundamental de las dinámicas comunitarias que desarrollaba la Red en el Tepepolco, construyendo nuevas formas de territorialización con y en él, donde compartir alimentos en las actividades comunitarias, se convertía en nuevas y múltiples formas de ser, estar en y habitar el territorio.

La experiencia que nos teje

> Que la vida sea el camino para amar a los otros, que el territorio sea la vida misma a través del encuentro entre el Quetzal y el aguacatillo, entre el maguey y el pulque ancestral, entre el vivo y el no vivo que sostiene la vida que la vida sea fruto del cuidado de la palabra, de la compañía, del juego, del encuentro y la utopía de un mundo común.

Hemos puesto la mirada en la experiencia, entendiéndola como un tejido de múltiples encuentros entre el diálogo y nuestras pasiones, sensaciones, emociones y sentimientos, construidos en el mismo acto de la vida, de vivir con y en otros seres —humanos y no humanos—. Este posicionamiento ontológico, nos invita a pensar la experiencia en relación con el sentido (experiencia/sentido) (Larrosa, 2003), pues desde ella pensamos, decimos y hacemos en común, en relación con otros seres con múltiples realidades que configuran la vida misma.

La experiencia/sentido, nos permite separarnos de la idea clásica de experiencia racional, de aquella que puede ser moldeable, que se estructura y ajusta para dar respuestas concretas que fundan, por ejemplo, las llamadas ciencias duras. Ligar la experiencia al sentido nos abre a la posibilidad de reconocer que nuestra mente está ligada a nuestro cuerpo, pues lo que evocamos al narrarnos es vinculante con el amor, con nuestras pasiones, con la

duda, el temor, los miedos y los anhelos, con todas aquellas emociones que provienen del interior de nuestros cuerpos, pero que también se configuran con nuestro entorno, con lo vivo y lo no vivo, con los otros cuerpos. Por esto, pensar la experiencia en y con relación a la vida en común, también nos vincula con otras corporeidades como el territorio.

Pensar el territorio desde el cuerpo —como territorio-cuerpo—, abre la mirada a un territorio de re-existencia, uno en donde acontece la vida en relacionalidad con otros, pues "nada preexiste a las relaciones que la constituyen" (Escobar, et al, 2024, p. 31). El territorio como cuerpo implica considerar "a la propia tierra (en este caso, componente indisociable del territorio) como cuerpo, ampliando en mucho, metafóricamente, la concepción comúnmente difundida de corporeidad" (Haesbaert, 2020, p. 283), reconociéndonos como uno solo *en* y *con* el territorio.

Todos los seres existentes —humanos y no humanos— construyen ese territorio-cuerpo a través de sus sentidos, de las maneras de relacionarse que se generan, desde el amor común y las múltiples formas de conformar la vida. El territorio como cuerpo, posibilita pensar un mundo narrado desde nuestras pasiones, desde las experiencias de quienes lo habitan, refuerza la idea de pensar que no hay una única "manera de hacer territorio, sino múltiples formas de territorialización" (Despret, 2022, p. 23-24) y que, por tanto, existen diversos actos de territorialización, noción que deja de lado la idea geo-espacial antropocéntrica de territorio.

Proponemos con esto, invitarlos a *volver la mirada* a las acciones y experiencias colectivas y comunitarias que cuidan la vida, lo vivo y lo no vivo, donde sea prioritario detenernos en la solidaridad con el otro, como seres que convivimos y coexistimos *en* y *con* el territorio, es decir en armonía con un todo conformado por un nosotros relacional con la naturaleza.

Volver la mirada es recuperar las formas de relacionarnos desde la ancestralidad, desde las prácticas armoniosas y amorosas de cuidado con el suelo, con las plantas, con los animales, con la diversidad microbiótica, es volver a una alimentación sana acorde a lo que la Tierra nos comparte a través de formas de cultivo tradicionales como: la rotación de cultivos, la milpa o la chinampa. También consiste en vernos con amor y comprensión, no sólo entre seres humanos, sino con cada una de las relaciones que construimos con la montaña, con el agua, con el aire mismo, en donde repensemos las formas de cuidado desde una perspectiva ética que sea replanteada —re-territorializada— desde un hacer en lo común. Las acciones que realizan las comunidades chinamperas en Xochimilco a través de la lucha diaria contra el olvido de su cultura campesina ancestral en un territorio lacustre y las luchas colectivas en el Tepepolco por la restauración socioambiental de la montaña son formas de territorialización indispensables que deben ser reconocidas en todos los mundos posibles. Porque no sólo son los resultados del trabajo constante de personas que se reconocen como un todo *en* y *con* la naturaleza, sino de su inagotable trabajo en una ciudad que como esta —Ciudad de México—, consume las zonas o relictos de naturaleza para el crecimiento capitalista, con el intento de sumir cada vez más estos territorios y comunidades en un olvido estructural.

El sostenimiento por la vida como un entramado de cuidados territoriales

Hemos querido enfatizar en el texto las maneras de ser y estar en/con los territorios, desde nuestras experiencias. Nos adentramos así, a las relaciones de cuidados que se tejen entre quienes les habitan y los entramados vitales de coexistencia múltiple.

Narramos experiencias de cuidados situados en territorios específicos, experiencias en las cuales atendemos a las formas relacionales que sostienen y son sostenidas por acciones, prácticas y diversas dinámicas de cuidado. Quisimos, a través de la narrativa de nuestras experiencias, volver sensibles algunas cualidades del territorio ya desapercibidas (Despret, 2022).

Nos referimos a las formas cuidadosas en que se teje el ser y estar con otras personas, situadas en un territorio, con la tierra, el suelo, el tezontle, el sol y el aire, las plantas, los cuerpos de agua como lagos, canales, apantles, los animales y otros habitantes. También con los instrumentos de labranza y navegación, los surcos, las semillas, los cayucos y canoas, las chinampas, la cosecha, los alimentos orgánicos. Con las festividades, los ritos y otras múltiples formas convivenciales (Illich, 1974) como maneras cuidadosas de mantenernos en relación, así como el cuidado que ponemos en la forma de narrar, de manera sensible, estas relaciones.

Ponemos el acento en las formas relacionales de existencia y el cuidado en la base de este entramado. Por ello, empezamos narrando las experiencias situadas (Haraway, 2019) en dos territorios específicos de la Cuenca-cazuela de México. Dos territorios que vivifican culturas ancestrales, espacios que quisimos acercar a los sentidos del lector y mostrar sus conexiones humanas, geográficas y territoriales existentes, aún ahora, en el espacio de la creciente urbanización.

Nos aproximamos al cuidado en su fuerza y valor para sostener la vida en relacionalidad (Escobar, et al, 2024), desde el considerar la ineludible presencia de los cuidados como condición necesaria para el sostenimiento de la vida.

Proponemos la reflexión sobre narrativas de cuidados desde cuatro orientaciones reflexivas: la experiencia, el territorio, la relacionalidad y la situación.

Los cuidados han sido considerados como prácticas con las que intentamos mantener, perpetuar y reparar nuestro mundo (Tronto y Fisher, 1990). Se les ha definido y estudiado por su necesaria presencia en las relaciones sociales. Nosotras/o les estamos ubicando en las relaciones comunitarias, donde hay vínculos más que humanos. Resulta ineludible el verlos materializados dentro de los territorios, respecto de los cuales narramos en este texto, como prácticas productivas en las labores de cultivo y cosecha.

En los intereses ecológicos por la preservación, el rescate, la restauración de la vida silvestre, se desarrollan prácticas de intervención tecnológica y científica variadas, acordes a problemáticas y necesidades específicas. Podemos presumir en la ejecución de estas prácticas, una actitud cuidadosa de atención, instalación, mantenimiento y reproducción de dinámicas para el sostén de la vida. Además de este reconocimiento de formas cuidadosas de sostén de la vida, también observamos cuidados territoriales presentes en las formas comunitarias de habitar el territorio.

Para ubicar esta propuesta de cuidados territoriales reflexionamos sobre algunas aportaciones a este campo de estudios de diferentes autores.

- Entendemos que las prácticas de cuidado (García-Selgas y Martín-Palomo, 2021) nos permiten acercarnos a su materialidad, sin tener que resumirlas en ella.
- Contamos también con la propuesta de una "visión triple del cuidado - haceres-práctica/afectividad/ética-política- (que) ayuda a pensar el cuidado como quehacer ético-político cotidiano" (Puig de la Bellacasa, 2016, p.3).
- Apelar a la afectividad permite pasar de la materialidad de las prácticas, a la consideración de la intimidad, las intuiciones, la imaginación en los espacios de la vida cotidiana.
- En la dimensión ético-política, los cuidados trascienden hacia su condición relacional. Así se ha propuesto entender a los cuidados en relación con otras esferas y, por lo tanto, la tendencia es a rebasar los ámbitos privados y familiares de estas prácticas y reconocerlas en su vinculación con la esfera pública-común, con acento en su carácter y dimensión política (Tronto, 2013).

Pensar desde una otología relacional de los cuidados (García-Selgas y Martín-Palomo, 2021) nos lleva a valorar las diversas formas posibles y situadas de su realización. Prácticas, acciones, reacciones afectivas y sensibles, en experiencias situadas. Con múltiples dimensiones ético-políticas de: reciprocidad, reconocimiento y respeto, formas colaborativas, convivenciales, dialógicas, en conversación, e incluso, de posible desacuerdo, tensión y conflicto. De apoyo, sostén, acompañamiento, preservación, además de atención, restauración, mantenimiento y seguimiento. Múltiples formas complejas de realización de los cuidados del territorio.

Desde tal postura relacional y de consideración a la multiplicidad, abrirnos a un espacio para reensamblarnos (Latour, 2001; 2012) con la presencia y agencia de otras entidades no humanas como las chinampas, el tezontle, la montaña y los instrumentos de labranza, los surcos, las semillas y también las emociones que nos ha provocado entramarnos con todo ello. Además, asumir la potencialidad de los cuidados como referente circulante (Latour, 2001), referente dinámico que admite ser resignificado y anudado con múltiples sentidos de vida.

Conclusión. Los cuidados territoriales en el cuidado de lo común

En este texto nos acercamos y reflexionamos sobre la idea de cuidados territoriales, como una forma o parte de los cuidados comunitarios. Aquellas formas íntimamente relacionadas, entramadas, indisolublemente tejidas en culturas ancestrales, no sólo entre humanidad, plantas y animales, sino en un denso tejido de relaciones con todo aquello que contiene los espacios y tiempos que habitamos y queremos preservar.

Sobre los cuidados comunitarios asumimos la idea de prácticas generadoras de experiencias en vinculación o vinculantes con las formas de vida comunitaria (Gutiérrez y Martín-Palomo, 2023), aquellas formas vitales que se generan en y con el acceso y organización de bienes comunes o comunes (Bollier, 2016).

Los comunes, como formas de existencia, para organizar la vida que la humanidad ha construido desde hace miles de años y a diferentes escalas, desde pequeñas comunidades, hasta escalas continentales (Caffentzis y Federici, 2015). Decidimos llamarles comunes y no

bienes comunes porque van más allá de los bienes, va más allá de lo tangible. Un común podría ser un río, un bosque, una casa, pero también la historia y el conocimiento (Ostrom, 1990).

Nosotros acentuamos la apuesta por los comunes como formas de vida, donde lo común es la comunidad y todo está dentro de ella. En los pueblos originarios en Oaxaca le llaman comunalidad. Así, los comunes se han teorizado de manera distinta y lo que intentamos es enmarcarnos de ver los comunes, en el espacio o territorio en el cual todos nos pertenecemos en lugar de aquellos bienes, que, como objetos, son susceptibles de comprar o adquirir.

Con cuidados territoriales nos abrimos a la consideración de la acción que tienen entidades no humanas en relaciones ambientales o socioambientales para preservar, restaurar o mostrar relaciones armoniosas con el hábitat territorial comunitario. Como sucede por ejemplo con los *ahuejotes* en Xochimilco, árboles que como refiere Paris, contienen, sostienen, la tierra dentro de las chinampas, que en un inicio fueron situados ahí por la mano humana y en esa forma de estar, estos árboles no sólo rodean las chinampas e interactúan con ellas, también lo hacen con los canales de agua y las especies acuáticas que ahí habitan, formando parte de un paisaje emblemático en Xochimilco.

Con ello pretendemos entender los cuidados como prácticas y también como dinámicas vinculantes, como entrelazamientos de sostén, como productores de entramados vitales. Dinámicas que se instalaron desde o con la mano humana y más allá de su acción directa. Formas de cuidado en interrelación estrecha con múltiples expresiones de la vida, con las cuales se conforman múltiples experiencias.

Desde la idea de cuidados territoriales pensamos en revalorar aquellas relaciones comunitarias que están centradas en el cuidado como sostenimiento de la vida en común más allá de lo humano. Con las narrativas que aquí compartimos, queremos mostrar que el cuidado es posible ahí donde existen cuerpos relacionados de manera intersensible y situada (Giraldo y Toro, 2020); cuerpos de plantas, de tierra, de piedra y maíz, cuerpos de agua y carne, de hongos y gelatinosos como lombrices.

Porque, como lo retoma Puig de la Bellacasa (2016) de Dona Haraway*,* "los seres no preexisten a sus relaciones" (p.1), y en una postura más enfática, que ya mencionamos arriba, nada preexiste a las relaciones que lo constituyen (Escobar, et al, 2024, p. 31) pues

> nosotros mismos somos constitutivamente relacionales. Somos redes complejas de relaciones compuestas por mentes, cuerpos, corazones, comunidades, saberes, etc. Somos redes de relación con el futuro, el presente y, lo que es más importante, con las narrativas que nos contamos sobre ellos. (p. 14).

En el presente texto, una autora y autor, narramos nuestras experiencias directas resultado de haber sido acogida(o) en territorios comunitarios, de habernos entramado con las relaciones de cuidado territorial dentro de estos espacios.

Los tres responsables del texto final, también decidimos expresar y compartir, la experiencia de habernos narrado e intentar narrativas sensibles y cuidadosas hacia las agencias de habitantes y de las especies y otras entidades (Haraway, 1991) con las cuales nos vinculamos en el territorio. Para ello, decidimos portar y asumir nuestra memoria

experiencial de pensar con la multiplicidad de presencias en los territorios del Tepepolco y Xochimilco.

Aquí tratamos de elaborar una narrativa común que abra espacio a nuestras sensibilidades y a las posibles sensibilidades del lector. Hacemos nuestra la propuesta de "una activación política de la relacionalidad como práctica para construir y restaurar/renarrativizar la vida*" (*Escobar, et al, 2024, p. 45). Nos comprometemos con una narrativa, una escritura para reconectar (Puig de la Bellacasa, 2016) e intentar rebasar las formas académicas canónicas.

Es la narrativa de una reflexión conjunta por encontrar otras maneras de expresión, sugerentes, tentadoras en la inspiración de otras posibles maneras de senti-pensar, y sobre todo de habitar, de co-construir otros mundos posibles.

Bibliografía citada

Bollier, David (2016). Pensar desde los comunes. Madrid: Traficantes de Sueños.

Caffentzis, G., y Federici, S. (2015). Comunes contra y más allá del capitalismo. *Revista de estudios comunitarios El Apantle.* No. 1. pp. 53-72.

Carrillo-Trueba, C. (2016). Miradas al Pedregal de San Ángel. Entrecruzamientos de arte, literatura y ciencia. En Historias que brotan de las rocas. No.1°, pp. 301-321. UNAM, CONABIO.

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: modos de hacer y de pensar los territorios.* Editorial Cactus.

Escobar, A., Osterweil, M., Sharma, K., & Reyes, A. (2024). *Relacionalidad: Una política emergente de la vida más allá de lo humano*. Tinta Limón.

García Selgas, F. J., y Martín Palomo, M. T. (2021). Repensar los cuidados: de las prácticas a la ontopolítica. *Revista Internacional De Sociología*, *79*(3), e188. https://doi.org/10.3989/ris.2021.79.3.20.68

Giraldo, O., y Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar.* El Colegio de la Frontera Sur y Universidad Veracruzana.

Gutiérrez, N., y Martín-Palomo, M. (2023). Cuidados y comunidad. Relatos de profesoras rurales en México. *Revista Mexicana De Sociología*, *85*(4), 983–1013. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2023.4.61147

Haesbaert, R. (2020). Del cuerpo-territorio al territorio-cuerpo (de la Tierra): contribuciones decoloniales. Revista Cultura y Representaciones Sociales ISSN: 2007-8110 267 Año 15, Núm. 29 (p. 267-301).

Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres La reinvención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra, S. A.

Illich, I. (1974). La convivialidad. En *Ciudades para un futuro más sostenible*. *Boletín CF+S*. No. 26. Disponible en http://habitat.aq.upm.es/boletin/n26/aiill.html.

Larrosa, J. (2003). La experiencia y sus lenguajes. *Estudios filosóficos*, *55*(160), 467-480.

Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa editorial, Barcelona.

Latour, B. (2012). *Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

López, L. (1989). La cuenca de México durante la época mexica. En Eds. Manzanilla L. y López Luján, L., *Atlas histórico de Mesoamérica* (pp. 148-152). Ediciones Larousse, México

Puig de la Bellacasa, M (2016). *Pensar con cuidado. Parte 1*., 2 y 3. Editorial concreta.org. [en línea] Disponible en https://www.scribd.com/document/465731096/Pensar-con-cuidado

Red Socioambiental Paraíso y Paz (s.f.), *Inicio* [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado el 23 de febrero del 2026, de https://www.facebook.com/ParaisoyPaz/?locale=es_LA

Red Socioambiental Paraíso y Paz (s.f.), *Publicación* [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado el 16 de febrero del 2026, de https://www.facebook.com/photo.php?fbid=1237784135155830&set=pb.100067727659233.-2207520000&type=3&locale=es_LA

Tronto, J. (2013). *Caring Democracy. Markets, Equality, and Justice.* New York University Press.

Tronto, J y B. Fisher. (1990). Toward a feminist theory of caring. En E. K. Abel and M. K. Nelson (eds.). *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives* (pp. 36-54). Albany: State University of New York.